



Cuadernos LIRICO

Revista de la red interuniversitaria de estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia

18 | 2018
El río y la ciudad

Reflexiones sobre el agua dulce, el agua salada, y su historia

Alain Corbin

Traductor: Federico Calle Jordá Université Paris 8.



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/lirico/4600>

DOI: 10.4000/lirico.4600

ISSN: 2262-8339

Editor

Réseau interuniversitaire d'étude des littératures contemporaines du Río de la Plata

Referencia electrónica

Alain Corbin, « Reflexiones sobre el agua dulce, el agua salada, y su historia », *Cuadernos LIRICO* [En línea], 18 | 2018, Puesto en línea el 16 septiembre 2018, consultado el 30 abril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/lirico/4600> ; DOI : 10.4000/lirico.4600

Este documento fue generado automáticamente el 30 abril 2019.



Cuadernos LIRICO está distribuido bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

Reflexiones sobre el agua dulce, el agua salada, y su historia

Alain Corbin

Traducción : Federico Calle Jordá Université Paris 8.

NOTA DEL EDITOR

En nombre de *Cuadernos LIRICO* agradecemos el acuerdo del autor para publicar esta traducción. El original en francés fue publicado por la Editorial Flammarion en su colección Champs Histoire, dentro del compendio de artículos titulado *Le ciel et la mer*, p. 66-98. Las notas y comentarios del traductor irán entre corchetes.

- 1 Leyendo los diccionarios y los manuales escolares –en particular aquellos manuales ilustrados que se titulaban “lecciones de cosas”– editados en Occidente desde el final del siglo XIX, el agua dulce, a diferencia de la salada, es inodora, transparente, incolora y sin sabor. A su fluidez, a su ausencia de forma, vendría a añadirse una ausencia de cualidades, fuera de su capacidad de saciar la sed. Sin embargo, esa neutralidad afirmada contradice la riqueza de los sistemas de apreciación, infinitamente más complejos, que un análisis atento permite establecer en este mismo espacio occidental.
- 2 Para establecerlo bien consideremos de antemano la multiplicidad infinita de las formas de agua dulce. De una forma algo resumida podemos distinguir: el agua difusa, la que compone nubes, brumas, y nieblas que se alzan de la tierra, que transfiguran las cosas y los seres, ámbito de lo extraño y lo fantástico. Como si, con esa agua difusa, otro mundo intentase introducirse en nuestro universo, tal y como lo expliqué en mi último libro¹ el agua aérea que se posa en ese rocío con el que antaño se preparaban las pociones; la lluvia que nos vincula directamente a la fuerza de los meteoros, fuente de la renovación de la vegetación y del ser íntimo², que transforma las apariencias, que instaura una relación particular con las cosas, que se vuelve promesa de fertilidad y plenitud; lluvia dichosa cuya frescura protege del desecamiento, garantiza el reverdecer de la vegetación y parece

saciar nuestra sed interior; lluvia que los artistas se esforzaron en figurar precisamente porque simboliza lo efímero por excelencia y la inestabilidad.

- 3 Particularmente los pintores japoneses quisieron vencer esa ausencia de forma (Harunobu, Utamaro) y se esforzaron en representar la lluvia que tacha al paisaje o que suscita al microcosmo delimitado por el paraguas de la damisela.
- 4 En cuanto a las otras formas que reviste el agua dulce, se les puede separar según la tripartición operada por el filósofo Gaston Bachelard³ y distinguir: las aguas corrientes, claras, primaverales, benéficas; las aguas violentas, tempestuosas, que derraman, surgen, tragan; las aguas profundas, las aguas muertas, a veces espesas, pululantes.
- 5 En lo que atañe a las aguas corrientes, subrayaré primero la función en lo imaginario de los ríos y corrientes. Estos estructuran entonces el sistema de representaciones del espacio francés, que contrariamente a lo que tanto se repite, no es tanto un hexágono sino una cabellera de ríos y quebradas según la cual se ordena, por ejemplo, en 1903, el *Tableau de la géographie de la France* del gran geógrafo francés Vidal de la Blache⁴. En la escuela primaria –¡por lo menos mientras la frecuenté!–, el aprendizaje de la geografía francesa se realizaba según el trazado de los ríos y la delimitación de sus cuencas; y era necesario saber en qué sitio nacía cada uno de ellos.
- 6 La fascinación que ejerce el correr de los ríos, y todo lo que fluye sinuosamente es evidente en el recorrido del pensamiento occidental. “Todo fluye” exclamaba el filósofo griego Heráclito. Jamás nos bañamos en el mismo río. Esta imagen fundamental define la concepción lineal del tiempo –lineal y no cíclico– constitutiva del pensamiento occidental; no debe olvidarse el sentimiento de homología instaurado entre el curso del agua del río y el flujo de los líquidos que circulan en nuestro propio cuerpo. Volveré a hablar de ello, porque esta homología es aún más clara con respecto a las aguas del mar. Incluso el arroyo fascina a la geografía francesa de la Belle Époque (véanse las obras del geógrafo Elisée Reclus); imagen de la frescura, “un arroyo que huye entre yerbas vale tanto como la sonrisa de la Mona Lisa” declaró por su parte el pintor Monet en la misma época, si le creemos a su biógrafo Georges Clémenceau.
- 7 Por el contrario, el agua violenta, ya sea resultante de un exceso de lluvia, ya sea de tormenta o tempestad, materializa el desenfreno del diluvio. Enturbia la visión. Ensombrea al mundo. Nos reenvía a esa parte negra de nosotros mismos que debemos superar para instaurar el regreso de nuestra luz íntima; como si nos sugiriese la posibilidad de construir nuestra propia balsa, nuestra arca para escapar de la inundación de la tierra, o de forma general, de cualquier catástrofe⁵. Esta agua violenta nos reenvía también al agua primordial de las grandes cosmogonías de occidente. Las aguas se sitúan al comienzo y al final de los eventos cósmicos; preceden toda creación y toda forma. Según el Génesis, tras la palabra divina *Fiat Lux* (“hágase la luz”), la creación del mundo se inaugura, mientras que “el espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”, cuando este las separa del “gran abismo”. El episodio del diluvio es común a la mayoría de las cosmogonías occidentales, indoeuropeas, semíticas. Diluvio, no lo olvidemos, al que siguen, como a toda inundación, los tormentos de la retirada de las aguas, es decir de la sequía⁶. Al otro extremo del tiempo, el fin del mundo, descrito por el Apocalipsis atribuido a San Juan, se manifiesta, de manera notable, el día en que “el agua se hizo sangre”.
- 8 El pensamiento griego antiguo recurre, él también, en sus cosmogonías, al papel del agua primordial. Según Hesíodo, Océanos es origen de las fuentes y de los ríos, está formado de

agua dulce –es Pontos quien figura al mar lejano, el que hincha sus olas saladas⁷. En el siglo VI antes de Cristo, según Tales de Mileto, el agua, penetrada por la potencia divina (con el aire, la tierra y el fuego), forma uno de los cuatro elementos; esta física sobrevivió hasta los descubrimientos del siglo XVIII (los de Priestley y Lavoisier en particular).

- 9 Para decirlo brevemente, en toda el área occidental, las aguas primordiales figuran al caos que precede al orden del mundo. Mantengamos en nuestra memoria esta asociación entre el agua y el caos original. Queda la duda en lo que atañe al origen del agua salada y las relaciones que hay entre esas aguas dulces a las que acabo de evocar y las aguas del mar, amargas, coléricas, violentas, habitadas por monstruos. Notemos a este respecto que no hay mar en el jardín del Edén. La explicación de esta dualidad fascinó desde un principio y las explicaciones que dan Hebreos, Griegos y Latinos –y no son sino ejemplos– están estrechamente ligadas a las cosmogonías, a las representaciones de la creación, del gran abismo y del caos original que acabo de evocar⁸.
- 10 Es así como, según el Genesis, esta dualidad no es aparente en el principio; la indistinción primaria de la materia, ya sea que se la traduzca como una nube tenebrosa, ya sea como una masa confusa, informe, móvil, está formada por elementos en cuyo seno el agua parece predominar. El Dios del Génesis opera la junción de las aguas de abajo y les asigna un lugar propio después de haberlas separado de las aguas de arriba. Para la mayoría de los sabios, Dios las juntó en uno o varios mares. Para algunos –en particular para Plinio, Lucrecio, Séneca, y muchos sabios de la Edad Media, tales como Hugues de Saint-Victor–, Dios juntó las aguas en las profundidades de la tierra. En esta segunda hipótesis, esas aguas del reservorio subterráneo circulan por canales secretos y alimentan las fuentes, los arroyos y los ríos. No se mezclan nunca con las aguas del mar, quienes son más pesadas y más saladas. De ahí, que el problema planteado por la circulación del agua dulce quedara resuelto.
- 11 Sin embargo, para aquellos que, como Guillaume de Conches, piensan que el mar encierra a la tierra como una cinta y que constituye el origen de fuentes y ríos, surgen a la vez el problema del origen de la salinidad de las aguas del mar y el de la causa de su retorno a la pureza. En cuanto a la salinidad, tres explicaciones principales se proponen:
 - esta sería causada por la acción del calor del sol y de los planetas, según un proceso de cocción, particularmente perceptible en la zona tórrida;
 - la salinidad resultaría de la ex-sudación del relieve submarino;
 - provendría de la disolución de grandes montañas de sal submarinas.
- 12 En cuanto a la pérdida de salinidad, se explica cómodamente: el agua proveniente del mar penetra dentro de las vísceras de la tierra donde es filtrada y edulcorada. Pierde su sal en una red de venas concebida mediante el modelo de la red sanguínea. Así recupera –y esto es lo que cuenta– su pureza original. Queda por explicar porque el agua de las brumas que salen del mar cae en forma de agua dulce. Para ello se convoca a la atmosfera, quien tendría, ella también, el rol de filtro para las aguas aspiradas de este modo por los astros quienes –se creía– se alimentan de ellas.
- 13 Dejemos por ahora las formas y consideremos al agua como una materia benéfica o maléfica. Los Occidentales no dejaron nunca de preocuparse por los vínculos que mantendrían el agua dulce, el agua salada y el cuerpo humano, y, particularmente, los efectos de la absorción del agua dulce por el cuerpo humano. Para empezar me apoyo en los hermosos trabajos del historiador Jean-Louis Flandrin, fallecido recientemente⁹. La tradición hipocrática (siglo VI antes de Cristo), estableció al respecto, una jerarquía que

duraría mucho. En la cúspide de la escala se sitúa el agua de lluvia, –nuestra agua destilada– la de primavera en particular, ligera, sutil, sobre todo si su caída es acompañada por vientos violentos. Las aguas de verano y las de otoño parecen menos benéficas, porque en ellas se mezclarían exhalaciones de la tierra seca, sobrecalentada. El agua invernal, que nace de la nieve o del hielo, se vuelve ella también menos benéfica por la evaporación de su parte más sutil.

- 14 En el segundo lugar de esta jerarquía hipocrática se sitúa el agua de manantial y de fuente, a menudo mineralizada al pasar por la tierra. Luego viene el agua de pozo, después la de los ríos y arroyos, cuya calidad varía según el sentido del curso; al parecer los que discurren desde el oeste son más benéficos. Más abajo en esa escala se encuentra el agua de lago, de mejor calidad si este es atravesado por un río. En último lugar está el agua de ciénaga. Esta jerarquía es consolidada en el siglo XVII, y, más aun, en el XVIII, en el marco del neo-hipocratismo –es decir, al regreso de la influencia y la reordenación de las teorías de Hipócrates– por el adagio según el cual todo movimiento, toda agitación –tanto de agua como de aire– es benéfico. Notemos que el agua de algunos ríos tiene una fama particularmente buena, pero según criterios políticos y no físicos. Se trata de los ríos símbolos de grandes imperios o potencias: el Nilo, el Ganges, el Tíber, el Sena.
- 15 Según una antigua gastronomía del agua, que hoy ya no tiene curso, pero que Jean-Louis Flandrin analizó muy finamente, todas las aguas no eran del mismo valor. Sus respectivas cualidades eran apreciadas según su aptitud para cocer bien las legumbres, para fabricar pan, para preparar cervezas. Añadamos que el agua se cocinaba. Muy raramente se bebía tal cual. Se la hervía con hinojo, anís, canela...
- 16 Durante siglos, se consideró que el agua dulce, la única que sacia, se debía beber con precaución. Se debía evitar beberla en ayunas o durante el trabajo. De cualquier manera, beberla en demasía era peligroso, como lo indican los relatos de la muerte del Grand Ferré o del hijo mayor de Francisco I. Detengámonos un instante en la primera de estas anécdotas que antaño conocían todos los colegiales franceses. Un día cálido de verano durante la guerra de los cien años, el Grand Ferré, un campesino muy robusto, había matado él solo a muchos enemigos. Por desgracia, tras esta hazaña, y luego que su hija le sirviera agua fría, sucumbió, según asegura el cronista, bajo el efecto de dicho brebaje. El agua peligrosamente fría podía afectar al calor natural del cuerpo. Convenía, según se decía, beberla en pequeños sorbos y nunca con avidez; es que podía retrasar, o incluso detener, la digestión, que se percibía como una cocción. Aun en el siglo XVIII, los bebedores de agua eran vistos como seres curiosos, fríos, inactivos...
- 17 En lo que respecta a la apreciación de las cualidades que tienen que ver con el gusto en sí, parece haber concernido más a los países mediterráneos y musulmanes que a las regiones septentrionales. No hay que exagerar sin embargo esa distinción geográfica. En todas partes, el agua de tal manantial, de tal pozo, era apreciada por su frescura y su sabor particular.
- 18 Sea lo que fuere, ese discurso gastronómico fue borrado en occidente por la imposición de un discurso de tipo químico, bacteriológico. Jean-Louis Flandrin lo señala: de todas las bebidas, el agua es la que más netamente fue víctima del discurso científico. Apreciamos el agua para ver, el agua para oír, el agua para tocar, el agua para penetrar, pero poco el agua para beber. “Los Occidentales –escribe– no hablan del sabor del agua sino cuando es desagradable”, “el agua buena ni sabe ni huele; la mala se analiza”¹⁰. Faltan el agua termal, el agua mineralizada, pero se trata de categorías muy particulares.

- 19 Con respecto al agua salada, fascina a la Edad Media. De entrada, sorprende¹¹: así sea impropia al consumo, permite la vida de los peces y posee virtudes curativas reconocidas desde la Antigüedad. Además, la sal, ese “oro blanco”, constituye un elemento fundamental de la alimentación; más aún: se la percibe como indispensable a toda forma de civilización. Si proviene del mar, permite conservar el pescado; de un modo general, preserva la comida –y toda carne– de la corrupción. De este modo el *garum*, esa salsa hecha de sal y de entrañas de pescado, es, entonces, un producto esencial de la civilización mediterránea; y se sabe cuánto pesa el arenque-rey y su leyenda de abundancia en la historia alimentaria de los países del septentrión. La espuma del mar, que se considera como el alimento del arenque, sería producida por la sal. Por ello, ese pez posee en sí la quintaesencia del mar; el arenque es componente del mito del sustento del mundo. Solo, demuestra que “el mar-elemento es abastecedor”.
- 20 Sin embargo, en la época moderna, en particular, cuando triunfa la medicina humoral, este conjunto de representaciones se enriquece con la convicción científica de que hay una analogía, si no una absoluta identidad, entre la salinidad de los humores del cuerpo y la del agua de mar.
- 21 A partir de entonces, escribe Elisabeth Coss-Humbert, “la identidad del hombre se adjudica la identidad del mar: el hombre exsudado lleva en su ser mismo el elemento matricial”¹²; esta intuición inspira a los más grandes poetas.
- 22 Detengámonos un instante, saltando varios siglos, y consideremos los *Amers* de Saint-John Perse, analizados por Elisabeth Coss-Humbert. La sal de la tierra –es decir la del mar– es “la sal de la vida, la que aviva el deseo, el apetito de vivir y de conocer. Saint-John Perse asimila pues esta curiosidad incesante del hombre, que le permitió el descubrimiento del mundo, la adquisición de conocimiento y la creación de nuestras civilizaciones a este elemento marino que es constitutivo de nuestro ser, uniendo así las virtudes aperitivas de la sal con la sal del espíritu”. Según esta perspectiva, la sal no es un símbolo sino una realidad fisiológica. “El mar, añade Elisabeth Coss-Humbert, queda (aquí) totalmente interiorizado, paradójicamente exsudado dentro nuestro porque constituye nuestro patrimonio genético. Es nuestro medio placentario”.
- 23 El mar, subraya a su vez Paule Petitier¹³, comentadora de Michelet, y para seguir evocando a lo que lo une con la fisiología, obliga a escuchar, a auscultar; su voz –que no tiene lengua, aunque le hable a los astros– tiene un tono profundamente rítmico; a pesar de sus espasmos, combina los dos ritmos fisiológicos: el soplo y la circulación. Respira, suspira, y, sin embargo, el hombre se asfixia en él. A pesar de lo anterior, el mar euforiza la respiración; por su resonancia misma, “actúa sobre los ritmos interiores del hombre, fortificando su respiración, tonificando la circulación de su sangre”, y en lo que a Michelet respecta, modifica la armonía de su escritura.
- 24 Al contrario del agua dulce que es derrame y manifestación del correr del tiempo, el agua salada del mar, “en su recordar la eternidad, es perpetua oscilación, ondulación, palpitación”.
- 25 La literatura occidental no dejó de exaltar la fuente, el manantial, sobre todo cuando estos alimentan a un arroyo, un río, un estanque, una cuenca, un lago. Es que el agua de la fuente es asociada a la capacidad de mantener la vida, de conservar la juventud; se vierte en una fuente de la eterna juventud. Materializa –y figura– la pureza y, por ende, la virginidad. La literatura teológica constantemente fundó la grandeza de la virginidad en la metáfora de la fuente de agua pura; es que aquella simboliza la substancia –y por lo

tanto el ser- que no ha sido alterada, mezclada, separada de su origen¹⁴. El agua de la fuente y del manantial materializan al don de la naturaleza, la abundancia, la realización de las promesas de la tierra. El hombre mantiene la esperanza de encontrar esa agua benéfica, purificadora y fecunda a la vez, que podrá devolverlo a su condición primera. Repitamos que, si no había mar en el jardín del paraíso, la fuente se encontraba en el centro de él, autorizando al baño edénico compartido alegremente.

- 26 Para los psicoanalistas es banal identificar la búsqueda de la fuente a la del agua nutritiva, matricial, asociada a la memoria arcaica. No insistiré en ello.
- 27 Notemos solo que, según los antropólogos, los vocablos de agua están, en numerosas culturas, emparentados con los nombres de la madre o de sus funciones¹⁵.
- 28 Las representaciones del pozo son más ambiguas que las de la fuente o el manantial. El pozo encierra agua pacífica y silenciosa¹⁶. Su forma redonda, la atracción que ejerce la calma de sus aguas, regaladas a los reflejos del sol, el silencio de esa liquidez oscura que pertenece a la profundidad de la tierra, incitan a asomarse como si uno esperase alguna revelación sobre el origen del mundo. Pero al mismo tiempo, esa tentación que lleva a asomarse al borde se vuelve una amenaza de la caída abismal. El pozo suscita solapadamente el terror que inspira el mundo subterráneo. Evoca la posibilidad del fondo sin fin. Sugiere que podría ser el receptáculo de criaturas pesadillescas, extrañas y amenazantes. El miedo que inspira la profundidad tenebrosa del pozo no es de la misma naturaleza que el que provoca la imagen de los abismos submarinos.
- 29 En la entrada de su Diario del 21 de junio de 1854, Michelet, quien entonces se encuentra en compañía de Athenais, se entrega a una fascinante evocación del agua de las profundidades telúricas, que reanuda con las intuiciones arcaicas que indicaba inicialmente y que desarrollará en su libro dedicado a la montaña:
- 30 “¡Qué espectáculo sería si, arrancándose la superficie de la tierra, distinguiésemos el trabajo inmenso que las aguas llevan a cabo debajo! [...]”
- 31 “Los ríos son su parte menos curiosa. ¡Qué interés más grande hay en esas débiles fuentes, que la naturaleza marca lentamente de fuerzas vivificadoras que contienen ciertos minerales o que les comunica la electrización del movimiento eterno! [...]”
- 32 “Campo, bosque, praderas, desapareced. Dejados ver el subterráneo laboratorio de la gran madre universal, sus obras ignoradas por animar, por curar, por restaurar a sus hijos, por balancear el daño que el hombre le hace al hombre, por soldar de nuevo las heridas, por combatir en fin la guerra con sus fuerzas de amor y de paz. [...]”
- 33 “¡Cuan débiles son los versos [de Virgilio y Byron] frente a esa rigidez grandiosa y conmovedora de la maternidad de la naturaleza, en su preparación de las aguas beneficiosas!”
- 34 Hoy el agua dulce deseada, presentada por la publicidad, está constantemente integrada a esta estructura antropológica del imaginario acuático; la reserva de imágenes de la publicidad francesa al respecto es testimonio de ello: se hace referencia a los tiempos de los dinosaurios o a la prehistoria; los volcanes, los glaciares, los arroyos o los manantiales sirven de decorado para situaciones o narraciones acuáticas llevadas a épocas arcaicas; y si no, el agua dulce natural se muestra asociada al nacimiento o a la infancia. Pero casi siempre se exhibe, a la vez, el dominio contemporáneo de la gestión del agua.
- 35 En la historia de occidente, el agua benéfica es inseparable de la finalidad estética que exalta. Desde la antigüedad, no hay gran ciudad que no tenga el adorno acuático de las

fuentes hermosas que demuestran, a la vez, la prosperidad, el lujo, y el sentido de la belleza que hay en la urbe¹⁷. En la Roma antigua, la decoración con agua demostraba la abundancia, el éxito de organización de la ciudad y la reglamentación que la permitía. El agua benéfica, en su asociación con la piedra y el mineral, mantenía también la moda del termalismo de la que se pueden trazar las fluctuaciones durante los dos milenios siguientes; sin olvidar que las aguas curativas ya estaban presentes en la antigua Grecia, ya fuera para curar de la esterilidad a las mujeres o para proteger a las núbiles de ella. En el siglo XVIII, el nacimiento del deseo de la orilla suscita en Inglaterra una moda del turismo balneario copiado del modelo del termalismo en los *spas* (estaciones) del interior, ilustrado por el prestigio de Bath¹⁸, lo que no impide, como se ha visto, que se le atribuyan cualidades terapéuticas específicas a las aguas saladas del mar.

- 36 A lo largo de los siglos, frente al agua dulce benéfica, se sitúa el agua dulce maléfica. Para entenderlo bien, hace falta partir de la fenomenología del agua estancada, y de todas las formas de miedo que suscita en la imaginación la multitud de criaturas que nacen o de las que se cree que nacen del barro, de los pantanos donde pululan toda una diversidad posible de seres.
- 37 En occidente, me parece que la cúspide del miedo inspirado por los pantanos se sitúa en el siglo XVIII, cuando triunfa el neo-hipocratismo¹⁹. De este modo, las marismas de las costas mediterráneas, tal y como las Lagunas Pontinas de la Italia meridional parecen ser imágenes del infierno. La malaria que su presencia mantiene, las emanaciones que de ellas se elevan, el pulular de criaturas inmundas que su espesor mismo sugiere, su unión mefítica con el ardor del sol, las vuelven presagio del apocalipsis; no hay que olvidar que, en Occidente, el agua estancada se suele asociar con el maleficio. George Sand evoca en una de sus novelas más famosas, *La charca del diablo*, esta creencia en la potencia maléfica del agua dormida, que se manifiesta en los fuegos fatuos que provocan los gases de los pantanos.
- 38 La amenaza actual de elevación del nivel del mar y la inmersión previsible de ciertas regiones litorales, en particular aquellas que se le han ganado al mar desde la Edad Media –movimiento de conquista que bien lo sabemos se ha acelerado en los últimos dos siglos– ha suscitado muchas reflexiones. Quiero destacar solo las del profesor Fernand Verger, el más eminente especialista de la geografía de las zonas litorales, que nos acordó el placer de participar en la exposición *El mar, terror y fascinación*. En la eventualidad de una sumersión, se recrearían zonas de marismas devenidas pólderes; por lo mismo, Fernand Verger se congratularía al ver reconstituida una respiración de la tierra, permitida por una mezcla restaurada de agua dulce y agua salada; se podría entonces constatar la reviviscencia de especies vegetales, animales y de todo un entorno, dañado por la pólderización, cuya riqueza recreada sería un beneficio. Esto me permite alabar la acción del Conservatorio del litoral, donde desde hace unos treinta años, se realiza un esfuerzo por preservar, y a menudo por reconstituir, entornos similares.
- 39 La inundación, claro, participa de esas “desgracias de los tiempos” de las que el gran historiador Jean Delumeau ha hecho con esmero la historia²⁰. Vista su evidencia, no insistiré en ello. Solo subrayaré la fascinación que ejerce el fantasma del hundimiento en la época romántica (desde el final del siglo XVIII hasta la primera mitad del siglo XIX). El ahogamiento en agua dulce, el suicidio femenino en aguas dormidas –en la Francia del siglo XIX los hombres se ahorcan y las mujeres se ahogan–, y los horrores del agua traidora inspiraron grandes textos. Me contentaré con citar dos ejemplos: *The Mill on the*

Floss de la inglesa George Eliot y el lamento de Victor Hugo por el ahogamiento de su hija Leopoldine en aquel magnífico poema titulado: *A Villequier*.

- 40 Aunque, algunos años más tarde, las formas del ahogamiento en el mar no dejaran de fascinarlo. Sería demasiado largo, y fuera del tema, volver a hablar aquí de las tempestades. Aun así, valgan dos anotaciones: ante la perfidia de las aguas durmientes se sitúa entonces la cólera de las aguas del mar en tormenta, aunque estas sean imperativamente frenadas según la tradición bíblica por el dedo de Dios quien, en la orilla, les trazó y asignó un límite a su furia.
- 41 Nadie logra explicar mejor la diferencia entre las fechorías del agua dulce y las del agua salada que Victor Hugo. La grandeza del naufragio de la *ourque*²¹, en *L'homme qui rit*, resulta sin duda de la inversión de las representaciones, porque el esquife que resistió a los asaltos de la tempestad se hunde, finalmente, como lo hacen las embarcaciones de agua dulce –como en la superficie de un lago, de algún modo–, con un lento ahogo que se lo traga. El agua dulce, que es durmiente, sostiene menos a los cuerpos que la del mar.
- 42 La angustia que suscita el agua dormida es, en esa misma época, acentuada por la convicción ascendente del origen hídrico del cólera. La revolución de Pasteur y la puesta en evidencia del papel del agua en la fiebre tifoidea, cuyo agente patógeno, el bacilo de Eberth, muestra el peligro que hay en las fuentes y en los pozos, confortarán luego la figura del agua dulce amenazante.
- 43 Subrayemos además que el agua que corre, la del arroyo y el río, en la perspectiva de la filosofía del griego Heráclito que antes evoqué, trae amargura: el agua que corre es la figura de lo irrevocable; es la invitación al viaje sin retorno; lleva en ella el espanto del devenir.
- 44 Pero hay un tipo muy distinto de consideraciones inspiradas por el agua dulce y el agua salada; ante todo, su relación con lo sagrado, su función lustral, purificadora y el valor moral del agua dulce. Aspecto fundamental, insistente, del imaginario alrededor del agua dulce en Occidente. Ya en la Grecia antigua, el agua catártica, que lava de la mancha y que se la lleva, era omnipresente en los ritos. Tras la relación sexual, o al salir de parto, las abluciones eran obligatorias; se suponía que el agua dulce refrescaba y revigoraba los cadáveres antes de que se desplegaran los ritos funerarios. En particular, para los cristianos, el agua dulce es, ante todo, el agua bautismal en la que nunca hay sal. En el origen de este peso sobre los imaginarios se sitúa la escena fundadora del Jordán, en cuyas aguas Juan Bautista bautiza a Jesús, en presencia del Padre y de la paloma, que figura al Espíritu Santo. Hoy, se revivifica en los católicos la práctica del bautizo por inmersión. De todos modos, cualquiera sea su forma, el agua del bautizo es la que hace de un catecúmeno un cristiano, en el nombre de la Santa Trinidad. El bautizo constituye el primer sacramento.
- 45 No se resume en ello la sacralidad del agua dulce en Occidente. El cristianismo primitivo, particularmente en Galia, asumió y sacralizó pronto las virtudes curativas de las fuentes, asociadas a menudo al culto de los santos. Las “buenas fuentes” del centro de Francia continúan siendo lugares de peregrinaje²².
- 46 La mariofanía (aparición de la Virgen María) más famosa del siglo XIX, la de Lurdes, está estrechamente ligada al agua del Gave y a la gruta en la que la virgen se le habría aparecido varias veces a la humilde pastora Bernadette. Los milagros se operan allí por medio del agua del manantial y de la piscina en la que se sumergen los peregrinos lisiados o enfermos. Por otro lado, esto constituye uno de los blancos de la crítica anticlerical de

fin del siglo XIX, como lo atestigua la linda novela de Zola llamada: *Lourdes*²³. Para ciertos médicos, en aquel tiempo de triunfo de las teorías de Pasteur, el verdadero milagro era más bien la inocuidad de esa agua vuelta receptáculo de tantas sanies y de espantosas bacterias.

- 47 En un nivel muy distinto, la relación entre el agua y la magia fue alimentada por la figura, persistente, del zahorí capaz de detectar el agua subterránea gracias a una varita de avellano. Pero el agua lustral, bautismal, difiere del agua bendita en cuya preparación hay sal.
- 48 ¿Cual es entonces el lugar de la sal –y secundariamente del agua salada– en esta perspectiva?²⁴ Se trata de un objeto complejo. La sal, para los Hebreos, los Griegos, los Latinos, los Árabes de la Antigüedad, y aun en el Evangelio según san Marcos, era símbolo de la convivialidad de los comensales. Para los primeros, su uso en sacrificios era una marca de fidelidad a la alianza anudada entre Yahvé y su pueblo, así como un símbolo de inmortalidad. De una manera más precisa, en el Antiguo Testamento, la sal era una substancia ambivalente: simboliza la infertilidad del suelo, pero detiene la corrupción. Para los Padres latinos, es el remedio del alma porque aleja a los demonios y preserva de la corrupción del pecado. Mateo establece un paralelo entre la sal de la tierra y la luz del mundo que representan los discípulos.
- 49 A partir del siglo VI después de Cristo, cuando se codifican los ritos de la liturgia romana, el valor simbólico de la sal se modifica. Su uso en el rito bautismal –hasta 1969 el ministro debe colocar sal en la boca del catecúmeno– simboliza lo que da sabor, y, de un modo figurado, sabiduría, usando el doble sentido del latín *sapio*. La sal confiere una salud espiritual: es el primer alimento antes de la eucaristía.
- 50 Pero para lo que nos incumbe, lo esencial está en el uso del agua bendita, común a partir del siglo IV. Es un agua salada –distinta pues al agua bautismal–; lo cual le confiere el poder de ahuyentar a las potencias del mal. Es por eso que se rocía con ella a los enfermos, pero también a la asamblea antes de la misa dominical, cuando se consagran las iglesias, los altares, o cuando se bendicen campanas.
- 51 Finalmente, el agua bendita, purificadora, marca la entrada del fiel en la iglesia, acompañada por la señal de la cruz hecha con la mano derecha humedecida (mojada) en la pila: y esta agua bendita –como otras sustancias u objetos benditos– tiene, repitámoslo, poder de exorcismo: los demonios le tienen pavor; por eso se usa para liberar poseídos.
- 52 Aun no hemos dicho nada del valor erótico del agua dulce, del agua dedicada a la glorificación de la desnudez de los cuerpos, al acuerdo implícito entre la frescura del agua y la de la joven, que demuestran la abundancia de ninfas que pueblan el agua de la mitología griega. Dan testimonio de ello, del otro lado de la cadena de los siglos, la figura acuática de la joven exaltada por los románticos alemanes, por Novalis particularmente, o la *Adrienne* de Nerval y todos los ídolos de la perversión del *Modern Style* (Art Nouveau, arte 1900)²⁵, mujeres de cabellera abundante, que atraen a sus amantes a los abismos acuáticos; todo esto permitiría pensar que se operó un traslado, general en la imaginación, del agua maternal al agua femenina.
- 53 Con más insistencia aún, se impone la fortuna del tema de la mujer sorprendida bañándose en un río, en un cuerpo de agua, en una bañera o hasta en un *tub*. La feminidad figurada es, en el arte occidental, a menudo una feminidad acuática ligada al agua dulce; lo que hace que Gilbert Lescault escriba: “El sueño sobre mujeres es en gran parte un

sueño sobre agua”²⁶; lo cual demuestra la armonía entre la desnudez femenina vuelta estatua y el correr de la fuente, entre la fluidez del agua y la del deseo.

- 54 La apelación de las artes plásticas a la desnudez femenina acuática asocia el agua dulce tanto a la violencia del agua deseo masculino –piénsese en la pareja formada por el fauno y la ninfa–, como al voyerismo –la “Susana bañándose” sometida a la mirada de los viejos en la biblia–, o al deseo y al voyerismo unidos –la escena del baño de Betsabé deseada por el rey David–, o a la amenaza femenina –el personaje de la sirena (marino, es cierto) que va desde la Odisea a los cuentos del siglo XIX–, y a veces también al nacimiento de la feminidad deseante y deseada, y en fin, a la alianza de la joven y la muerte que simboliza con fuerza la Ofelia de Shakespeare.
- 55 Más prosaicamente, los pintores occidentales –sobre todo a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX– se detuvieron con delectación ante los gestos y las posturas del aseo y de la higiene femenina, colmados también por el voyerismo masculino. Degas y Bonnard prolongaron de este modo la tradición de la escena de baño de mujeres ofrecidas a la mirada del espectador, ya sean las *baigneuses* de Boucher o las odaliscas de Ingres.
- 56 El agua dulce, en Occidente, está estrechamente asociada a la carne femenina, llena y lisa, en espera del hombre. Las desnudeces que se reflejan en ella duplican la solicitud. El oasis, entre los ardores del desierto, es, a la vez, promesa de agua dulce y de delicias sensuales.
- 57 Aquí se plantea un problema: ¿por qué la figura de Venus nacida de la espuma del mar es ante todo marina? Hay que tomar en cuenta al respecto el esquema insistente de la fecundidad inagotable del agua salada, de la analogía entre la espuma y el semen y del refuerzo de este esquema en el siglo XIX: El análisis microscópico, para gran maravilla de Michelet, revela entonces la profusión de pequeños organismos marinos capaces de reproducirse con tal celeridad que el proceso puede tocar miles de kilómetros cuadrados en pocas horas; una fecundidad tal que apacigua hoy los miedos sobre el futuro de la vida submarina, como bien lo explicó Yves Le Gall cuando tuvo lugar la exposición que citaba.
- 58 Todo aquello resalta la complejidad de los lazos que se anudan entre el erotismo del agua dulce –predominante– y el del agua salada. Notemos aún que, en la Antigüedad, las sirenas, imagen misma de la seducción y de la muerte, a veces se asimilan con las Nereidas, ninfas que viven en los mares, o con Oceánidas, hijas de Oceanos y de Tetis.
- 59 Falta el agua activa, el agua cuyo movimiento simboliza la energía. Ya evoqué dos veces el “todo fluye” de Heráclito y las afinidades entre el pensamiento mismo del movimiento y la metáfora del agua. La cinética del agua dulce, su correr, su carácter torrencial, su peso, difieren de los movimientos del agua salada, en olas y tempestades –así bien existan arranques similares en los lagos, como se los recuerda a los cristianos la escena del lago de Tiberíades, que figura el momento en el que Jesús caminó sobre las aguas del lago después de haberlas calmado. Las formas de la sumersión, incluso, difieren cuando se trata del agua dulce, traidora, y del agua salada, tumultuosa.
- 60 En la historia de Occidente, el agua dulce es auxiliar de la movilidad y del trabajo²⁷. Entre el siglo X y el siglo XVIII, tuvo un papel principal en el proceso de urbanización preindustrial. Es así como en el corazón de la Edad Media, toda la infraestructura artesanal de la ciudad –que se parece a menudo entonces a una Pequeña Venecia– está ligada al agua. Sin ella, no hay molineros, ni tejedores, ni curtidores. Los oficios de los ríos siguen siendo esenciales hasta la Revolución. A lo largo de la Edad Media, el dominio de la cinética del agua, la dinamización de sus energías –por fuera incluso del encanto que

podía representar para la aristocracia- se efectuaron en paralelo al desbroce, a la construcción de castillos, y al movimiento que crea comunas urbanas.

- 61 En el ámbito de lo imaginario, el molino hidráulico y el conjunto del “sistema del molino” fijado, solidificado incluso desde el siglo XII, participan en la dualidad de lo benéfico y lo maléfico ya evocado: por un lado, el agua corriente que acciona la rueda y que sigue más allá, torrencial; por el otro, el agua profunda, oscura, temible, del saetín, más arriba. El molinero rico que domina el agua -como el herrero o el forjador que dominan el fuego- tiene que ver con lo maléfico.
- 62 Entre las actividades que utilizan la corriente de los ríos y arroyos, conviene subrayar la importancia de la madera que flota. Durante mucho tiempo, la vía de agua interior estuviese o no canalizada, fue, además, el medio de transporte más rápido y más cómodo para el viajero. En las Provincias Unidas del siglo XVII, el ritmo de la circulación de las embarcaciones pesadas que recorrían los canales contribuyó a ordenar la apreciación del campo, y desempeñó un papel muy grande en el Genesis de la pintura del paisaje holandés.
- 63 Todo esto está muy lejos de agotar el papel del agua activa, del agua dulce y de su energía en la constitución o evolución del imaginario del espacio. Habría que demorarse en los descubrimientos fundamentales del final del siglo XVIII, que modificaron la manera de mirar la naturaleza: la revelación, tardía, del trabajo de la erosión, del transporte de materiales arrancados a las laderas de los montes y colinas, el estudio de la sedimentación, la victoria de las teorías continuistas, es decir, las que destacan el trabajo incesante del agua y del viento, contra las teorías catastrofistas que reservaban el modelaje de la superficie del globo a la acción brutal de diluvios²⁸. Añadámosle la puesta en evidencia a principios del siglo siguiente del trabajo de la erosión glaciaria; sin olvidar la utilización de la energía hidráulica para la producción de hidroelectricidad.
- 64 Hablando de ello, no se podría sobreestimar el papel de las grandes represas en el imaginario del agua, en particular a mediados del siglo XX. En Francia, al final de la Segunda Guerra Mundial, las represas que se construyeron sobre el Ródano se volvieron -con el realce de la producción carbonífera- los símbolos de la reconstrucción del país y de las promesas de prosperidad venidera. La inauguración de represas era en aquel entonces uno de los grandes temas de los documentales cinematográficos; y el presidente de la República iba de visita oficial en aquellas ocasiones.
- 65 Ya evoqué la influencia del agua dulce en la escalada de los deseos, en el trazado de los sueños, y en la naturaleza de los sentimientos²⁹. Dejaré, al respecto, lo que tiene que ver con las estructuras de lo imaginario -no soy antropólogo- para focalizar mi atención en datos históricos.
- 66 Aun así, no se puede mantener callado el nexo que hay entre el curso del río que se lleva a los seres y el pensamiento de la muerte. Los ríos infernales de las profundidades de la mitología griega, la Estigia que el difunto debe cruzar, lo manifiestan. Aquellos ríos conducen a la estancia de las sombras (muertos) que pasan por ahogados. De una manera más general, lo que se va con el correr del río -lo que se va a la deriva- está llamado a morir, si no es ya cadáver.
- 67 El agua dulce, como espejo, es, ella también, una trampa mortal. Lo demuestra el mito de Narciso fascinado, hasta el suicidio, por su propia belleza, reflejada en el agua dulce y corriente. Esta, espejo del cielo y de las formas de la creación -rocas, vegetación...-, reflejo de la luna (contrariamente a la del mar), autoriza la delectación del

descubrimiento y de la contemplación de sí mismo³⁰. Tal vez y por ello, el agua podría ser el origen del retrato como género. El agua tranquila, profunda y apacible, nos ofrece nuestra propia imagen, nos la deja entrever en fragmentos. Nos induce a la melancolía nacida del ser uno mismo indescifrable. El niño, fascinado por los círculos que provoca en la superficie del agua, inventa, a su manera, un arte de la perturbación de la naturaleza. Finalmente, el suicidio de Narciso fascinado por sus juegos de espejo indica que el agua dulce, fascinante y traidora, también es “materia de desdicha”, escribe Gaston Bachelard, quien analizó magníficamente la potencia onírica del agua.

- 68 El fin del siglo XVIII corresponde, en Occidente, a un proceso que desborda el tema del agua dulce pero que participa en él: el advenimiento de un yo meteorológico ya evocado antes; es decir, la correspondencia en adelante sentida entre los avatares del yo, la variación de sus estados y los movimientos de la fluidez; es un topos (estereotipo, lugar común) literario desde el relato de la deriva de Jean-Jacques Rousseau, solo en su barca sobre el lago de Bienne. Escuchemos esa experiencia fundadora: “el flujo y el reflujó de esa agua, son ruido continuo, aunque abultado por momentos, golpeando sin cesar mi oído y mis ojos, suplían a los movimientos interiores que el ensueño apagaba en mí, y bastaban para hacerme sentir con placer mi existencia, sin tomarme la molestia de pensar”³¹.
- 69 Aquí se arraiga el inmenso éxito del tema poético del lago en el Occidente romántico, ilustrado por el poema de Lamartine que precisamente se titula *El lago*, o, más ampliamente, por la obra de los *lakists* ingleses. El arrullo del agua, su sonoridad, provocan la pulsión erótica –como lo atestigua *La Nouvelle Heloise* –la gran novela de Jean Jacques Rousseau³². Detengámonos un instante en aquella otra escena fundadora que es la tempestad sobre el lago, en el corazón de la novela. Julie, quien renunció a su amor por Saint-Preux tras haberle ofrecido, en su juventud, su virginidad, se ha vuelto esposa de M. de Wolmar y madre de bellos niños. Pero, años más tarde, el desenfreno de las aguas dulces del lago, durante un paseo de la esposa fiel con su amante de antaño, hace que resurja en ella todo el ardor de los antiguos deseos. Muere poco después al tirarse al agua a salvar a uno de sus niños. En pocas palabras, en cada momento del desenlace del drama, el agua activa los sentimientos: el ardor amoroso o la pulsión de muerte. Ahora bien, *La Nouvelle Heloise* es, sin duda alguna, la novela cuya influencia fue mayor entre las elites femeninas de la primera mitad del siglo XIX.
- 70 El paseo a orillas del agua, a menudo nocturno, sugiere también el deseo de ver interrumpirse el correr del tiempo. Algunos decenios tras la publicación de la novela de Jean-Jacques Rousseau, “el agua nos lleva, el agua nos arrulla, el agua nos adormece, el agua nos devuelve a nuestra madre”, escribe el poeta Lamartine en sus *Confidencias*.
- 71 Por consiguiente, la práctica social se modifica: el paseo aristocrático por espejos de agua iluminados, embrujado por el modelo veneciano, se sustituye por el paseo sentimental, el cara a cara inédito del hombre y la mujer cuya vulnerabilidad se ve acentuada por el arrullo, por el riesgo de zozobra, por la atmósfera licenciosa que tienen la isla o la *robinsonada*³³. La prometida, con la mano en el agua, ante la exhibición de la musculatura masculina, vive una experiencia nueva, muy bien presentada por George Eliot en la novela que ya cité.
- 72 Ante todo lo que acabo de evocar, se sitúa la fuerza poética de las aguas del mar. Su movimiento, su respiración se parece a la queja, confusa; el mar es ante todo una voz, una voz de eternidad, donde repercute, en lo imaginario, la congoja de las almas de los fallecidos y de los moradores de las ciudades hundidas. Su ruido continuo está escandido

por un ritmo otro, distinto al del correr del río. Su reiteración impone, a la vez, la presencia del caos original, del desorden primitivo y el recuerdo del Diluvio destructor. La tempestad, como lo subraya Alain Cabantous³⁴, es una teratología activa.

- 73 El ruido ritmado del mar, escribe Paule Petitier, en su absoluta extrañeza, es, por excelencia, esa figura del otro “sin la cual no existe el sujeto”.
- 74 Por temor a extenderme, no haré más que evocar lo que anuda las representaciones del agua a los diversos códigos estéticos. Recordaré que el mar y el océano concuerdan más que el agua dulce con el código de lo sublime, que hace que el hombre sienta su pequeñez. Sin embargo, esta agua dulce se introducía, anteriormente, como elemento esencial en la representación de la naturaleza bella; de la que, en la tradición de la Edad de Oro y del poema virgiliano (de Virgilio), esboza una cuna de verdor vegetal en cuyo centro corre un arroyo y que dibuja un espacio de paz y recogimiento. Finalmente, el agua dulce es, de alguna manera, decisiva en la elaboración del código de lo pintoresco. Para el pastor inglés William Gilpin³⁵, este se nutre de las sorpresas sentidas a lo largo de las sinuosidades del río. La admiración y la delectación de la cascada tienden a tener en adelante –entre otros objetos– la atención de quien practica el viaje pintoresco. En el siglo XIX, el motivo pictórico del puente –ayudado por la moda de lo japonés– entra en esa misma perspectiva.
- 75 Desde mediados del siglo XIX, las elites buscan un agua cada vez más limpia, depurada, filtrada por la arena, el carbón o las esponja. A partir de entonces crece la moda del agua mineral, consumida a domicilio. La sensibilidad a todo cuanto tiene que ver con la circulación del agua se aviva. En la ciudad, las querellas se hacen más numerosas alrededor de los pozos y de las fuentes. El nuevo deseo de agua refleja la intensificación de fronteras establecidas entre lo público y lo privado, la acentuación de la inquietud terapéutica, la modificación global de los umbrales de tolerancia a la mala calidad del ambiente.
- 76 Hoy, el agua dulce y el agua salada se han vuelto, principalmente, objetos de ciencia, de análisis, de gestión. Pero eso no ha impuesto un desencanto total. El agua dulce, en particular, sigue siendo un rico soporte de creencias, de fantasías, y, sobre todo, de sueños.

NOTAS

1. Alain Corbin, *L'Homme dans le paysage*, Paris, Textuel, 2001 y Claude Mettra, “Les eaux et les songes”, en *Le grand livre de l'Eau*, Paris, La cité des Sciences de la Villette et la Manufacture, 1990
2. Véanse las magníficas líneas de Joseph Joubert en sus *Carnets, I: “Années 1779-1783”*, André Beaunier (comp.), Paris, Nouvelle Revue Française, Gallimard, 1994, p. 87-88. Ver Gilbert Lascault, “L'Art et l'eau”, en *Le grand livre de l'Eau*, Paris, *op. cit.*, p. 55-69.
3. De acuerdo a nuestro objetivo la obra esencial es: Gaston Bachelard, *L'Eau et les rêves*, Paris, Corti, 1942.
4. Jean-Yves Guiomar, “Le tableau de la géographie de la France de Vidal de la Blache”, in Pierre Nora (dir.), *Les Lieux de Mémoire*, tomo II: *La nation*, vol. I, Paris, Gallimard, 1987, p. 569-597.

5. Claude Mettra, “ Les eaux et les songes ”, en *Le grand livre de l'Eau*, op. cit., p. 569-597.
6. Alain Corbin, *Le territoire du vide. L'occident et le désir du rivage*, Paris, Aubier, 1988.
7. Ver Jean Rudhardt, “L'eau et les divinités de l'eau dans la religion grecque ”, en *Le grand livre de l'Eau*, op. cit., p. 31-41.
8. Ver Danièle Lecoq, “Des eaux primitives à l'océan infranchissable”, en Alain Corbin y Hélène Richard (dir.), *La mer, terreur et fascination*, Paris, BNF-Éditions du Seuil, 2004.
9. Para lo que sigue, ver el artículo de Jean-Louis Flandrin: “Le goût de l'eau: anciens discours diététiques et culinaires”, en *Le grand livre de l'Eau*, op. cit., p. 161-170.
10. *Ibidem*, p. 161.
11. Ver Claude Thomasser, “Regard sur les profondeurs de la mer au Moyen Âge ”, en Christian Buchet (dir.), *Sous la mer. Le sixième continent*, Paris, Presses Universitaires de l'Université Paris Sorbonne, 2001. Ver también: Michel Mollat (dir.), *Le Rôle du sel dans l'histoire*, Paris, PUF, 1968; así como: Claude Hocquet, “Les ressources de la mer : le sel et le poisson”, en Alain Cabantous, André Lespagnol y Françoise Péron (dirs.), *Les français, la terre et la mer (XIIIème-XIXème siècles)*, Paris, Fayard, 2005.
12. Elisabeth Coss-Humbert, “Des mondes inondés aux mondes exondés ”, en Christian Buchet (dir.), *Sous la mer. Le sixième continent*, Paris, Presses Universitaires de l'Université Paris Sorbonne, 2001, p. 106 y ss.
13. Paule Petitier, “La mer lyrique de Jules Michelet”, en Alain Corbin y Hélène Richard (dir.), *La mer, terreur et fascination*, op. cit.
14. Valga como ejemplo el sermón del obispo predicador Bossuet sobre la virginidad.
15. Otro texto esencial, del cual tomamos aquí algunos elementos: Gilbert Durand, *Las estructuras antropológicas del imaginario*, Paris, Dunod, 1969.
16. Ver Claude Mettra, op. cit.
17. Anne Decrosse, “ Petites mythologies ordinaires : eau de vie, eau de création ”, en *Le grand livre de l'Eau*, op. cit., p. 69-72.
18. Ver Alain Corbin, *Le territoire du vide*, op. cit.
19. Ver Alain Corbin, *Le miasme et la jonquille. L'odorat et l'imaginaire social, XVIII^e-XIX^e siècles*, Paris, Aubier, 1982.
20. Jean Delumeau e Yves Lequin, *Les Malheurs du temps. Histoire des fléaux et des calamités en France*, Paris, Larousse, 1987.
21. [Barcaza de transporte holandesa].
22. En particular en el Lemosín.
23. Existe una re-edición reciente de Lourdes de Émile Zola, *Lourdes*, París, col. “Folio”, Gallimard, 1992, con un prefacio de Jacques Noiray.
24. Véase particularmente, al respecto, el artículo “sel”, en el *Dictionnaire de spiritualité*, Paris, Beauchesne.
25. Bram Dijkstra, *Les idoles de la perversité*, París, Éditions du Seuil, 1992.
26. Gilbert Lascault, op. cit., p. 63.
27. Jacques Guillerme, “Eaux vives et eaux mortes entre Moyen Âge et Renaissance”, en *Le grand livre de l'Eau*, op. cit., p. 106-115.
28. Para lo que sigue, Alain Corbin, *Le territoire du vide*, op. cit.
29. Ver Gilbert Durand, op. cit.
30. Claude Mettra y Gilbert Lascault, artículos en *Le grand livre de l'Eau*, op. cit.
31. Jean-Jacques Rousseau, “Cinquième promenade”, *Les rêveries du promeneur solitaire*, ed. de Samuel Sylvestre de Sacy, pref. de Jean Grenier, Paris, col. Folio classique (n° 186), Gallimard, 1972.
32. Citamos la recientísima re-edición de *La Nouvelle Héloïse* de Jean-Marie Goulemot, Paris, Le Livre de Poche, 2002.

33. Una tesis sobre el tema, por ahora manuscrita: Delaive Frederic, *Canotage et canotiers de la Seine. Genèse du premier loisir moderne à Paris et dans ses environs, 1800-1860*, Tesis, Université Paris I Panthéon-Sorbonne, 2003.
34. Alain Cabantous, "Fortunes de mer", en Alain Corbin y Hélène Richard (dir.), *La mer, terreur et fascination*, Paris, BNF-Éditions du Seuil, 2004.
35. Paul Barbier, *William Gilpin, his Drawings, Teaching and the theory of Pitturesque*, Oxford, Clarendon Press, 1963.
-

AUTORES

ALAIN CORBIN

Profesor Emérito Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne, Instituto Universitario de Francia, Comité des travaux historiques et scientifiques (CTHS).